

Amalia
RODRIGUES



LA PERSONA

DESDE EL JUEVES 21

El show de Portugal hecha canción!

En este
TEATRO

Blanca
218 708



LA PERSONA

DESDE EL JUEVES 21

de Portugal hecha canción!

*En este
TEATRO*

Baja
518 200

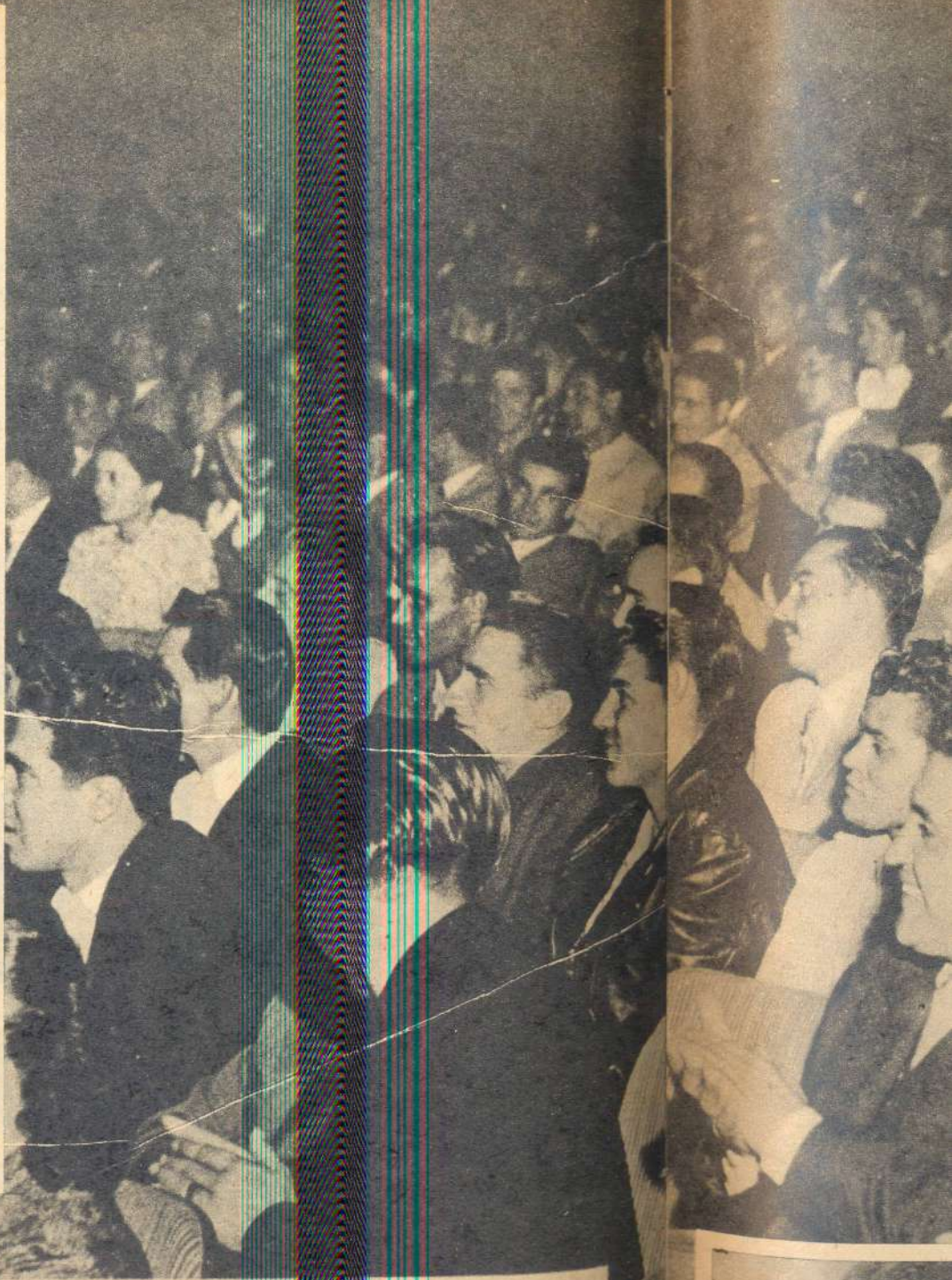
Ella lleva Lisboa por el mundo

por Elvira Mendez

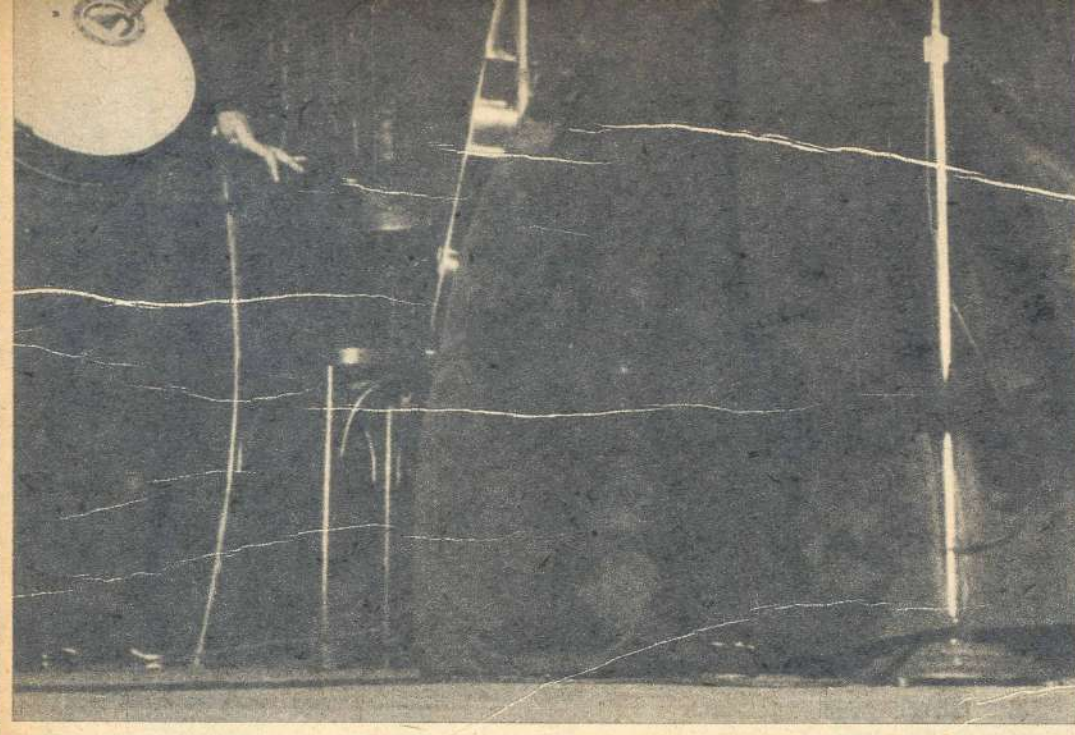
Fotos: Bajza



Ellos, en Portugal, la habían oído. Al tenerla en Caracas, todos quisieron verla de nuevo. Media hora después de abrirse las taquillas, un letrero decepcionaba a muchos: "Agotadas las localidades".

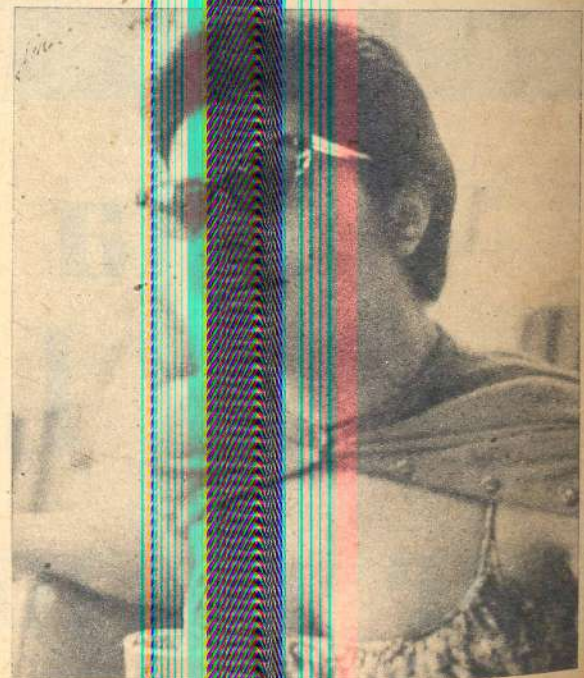


• Venezuela y



• **Venezuela y Portugal se unieron para aplaudirla**

Ventisiete traies negros, ocho de color, 15 pares de zapatos N° 34, dos pares de lentes oscuros, y una música ya casi olvidada en Caracas, trajo Amalia Rodríguez, "La Reina del Fado" que ha hecho suspirar melancólicamente a sus coterráneos.



Todas las noches, desde el día de su debut (21 de noviembre) parte de los 30.000 portugueses que hay en Caracas, se han puesto sus trajes dominigueros, y han pagado ocho bolívares, para ver a su reina: Amalia Rodríguez.





• **UNA VELETTE
MARAVILLOSA;
UNA MUJER NOTABLE**

Continuación



Amalia Rodriguez a pesar de haber trabajado en Hollywood y en el cine francés, no le gusta posar: "Es que no me gusta fingir..." explica.

EN el amplio escenario del teatro, los reflectores iluminan a una mujer de negro. Detrás de ella, dos guitarristas se inclinan entre la luz y la sombra. Interpretan una melancólica canción portuguesa. La voz se alza pronto casi como un sollozo. Un frío recorre el cuerpo; la "Reina del Fado", Amalia Rodríguez, canta.

En todos los rostros la emoción cambia las expresiones. Las manos quieren estar sosiego y se entrelazan fuertemente. Amalia es traído para la mayoría de sus espectadores, el abandono de la tierra que dejaron un día en busca de un porvenir mejor. En ese instante la memoria sólo se acuerda de las cosas gratas, dulces.

Al terminar, los aplausos son un escape. Las gentes rien sin poder explicar claramente el porqué. Amalia al hacer una sencilla reverencia, los contempla. En Caracas ha encontrado de nuevo a Portugal. No al Portugal de los grandes salones que ha frecuentado últimamente sino a ese sencillo, humilde, al que un día ella también perteneció.

Sentada al lado de unas gentes semejantes escuchó por primera vez a su papá.

Era uno de los trompetistas de la Banda que daba la retreta, pero para sus ojos de niña, él era el director, la figura central, el más importante. Al llegar los aplausos no dudó un instante que todos estaban dirigidos a él.

Ya en la vieja casa de mudarse rosa bastante deteriorados por el tiempo, mientras ayudaba a la madre a poner los platos en la mesa, quiso decirle cuánto le había gustado su actuación. Sólo alcanzó a murmurar un "papá" que quedó ahogado entre los gritos de los más pequeños. No obstante, él la había comprendido. Sabía que era distinta a sus otros cuatro hijos: más inteligente, más sensible. Para ella el mejor premio era un caramelo sino una palabra o un gesto cariñoso.

El guiño de ojo y la sonrisa en respuesta, fué un diálogo completo.

Amalia, desde entonces, no ha cambiado. Es verdad que ahora sus padres, gracias a ella, tienen un importante apartamento en Lisboa, y que al verla pasar la gente la señala y sonríe, y que al llegar a Caracas, o a París, o a Roma, los periódicos destacan en grandes titulares su nombre.

Ella continúa conmoviéndose en las pequeñas cosas...

A veces, inclusive, por culpa de esas cosas pequeñas ha creído sentirse enamorado. Después, casi siempre muy pronto, la realidad la deja con una extraña sensación de vacío. Así fué la primera vez...

Ella tenía 18 años, y él 21.

Al presentarlos en la fiesta, los dos oyeron muchos elogios. Así, él se enteró que ella cantaba y Amalia supo que él tocaba maravillosamente la guitarra. Las peticiones comenzaron a oírse. Amalia sintió que toda la sangre se golpeaba en el rostro. Tenía miedo. En realidad, esta entonces, sólo había cantado en su casa o en los amigos más íntimos. Los ojos claros de aquel muchacho buen mozo que la miraban atentamente, la turbaban. En ese instante el golpe de la guitarra hizo desviar la atención. Ya no le intimidaba el público y comprendió que debía ayudar. Fué la "pequeña cosa" que inició aquel romance.

Al final de la fiesta, ella accedió a cantarle. Entonces el miedo se disipó fácilmente. El fin de la canción fué el comienzo de una nueva vida...



Desde hace 17 años cuando se presentó en público por primera vez, Amalia Rodríguez sólo ha usado un color para la escena: el negro desde entonces, también, la acompaña uno de los guitarristas

Llegó el primer contrato para cantar en el exterior... Al poco tiempo París era su meta.

En "La ciudad Luz", el Olympia" la tenía en su programa como la "veddette americana" (así llaman a la artista que viene después de la figura estelar). Al otro día de su actuación, los críticos franceses coincidían en una afirmación:

"Amalia Rodríguez había superado a la primera estrella". Por primera vez "El Olympia" al cambiar su programa a las tres semanas, prorrogaba el contrato de una artista. Seis meses más tarde ella era la primera del programa.

Las giras se sucedieron sin descanso. El "Copa-cabana" de Brasil inició la ruta de América. Luego llegó a Hollywood. Conoció de cerca a los grandes actores pero la mayoría la decepcionaron. No tenían la condición humana que a ella más la conmueve: la naturalidad.

Tal vez por eso dice con convicción que la actriz a quien más admira es a Ana Magnani. "Ella afirma, tiene fuerza, calor, vida..." También por eso, la emociona Carmen Amaya la amiga que, en Caracas, recibe los mejores elogios de Amalia De

ros escondidos a veces tras unos lentes negros, y una boca grande de labios delgados que la pintura hace aparecer más amplios.

Al reanudar la charla se ha perdido la intimidad. Surgen entonces las preguntas hechas:

—Si usted fuera periodista ¿qué le preguntaría a Amalia Rodríguez?

—No haría muchas de esas preguntas que siempre se hacen. Trataría de conocer a la persona, hablándole sencillamente y descubriendo poco a poco su personalidad.

—¿Qué es lo que menos le interesa en la vida?

—El dinero, a pesar de que conozco su valor. No hago cuentas, ni me gusta la gente que hace cuentas. No puedo interesarme por cosas de dinero... Por eso no sé cuanto he ganado...

—¿Qué es lo más importante que usted ha hecho en su vida?

—No he hecho nada que valga la pena.

—¿Y su profesión?

Amalia sonríe y no contesta.

Al llegar los aplausos no dudó en cantar. Los dos estaban dirigidos a él.

Ya en la vieja casa de los platos rosa bastante deteriorados por el tiempo, mientras ayudaba a la madre a poner los platos en la mesa, quiso decirle cuánto le había gustado su actuación. Sólo alcanzó a murmurar un "papá" cuando se quedó ahogado entre los gritos de los más pequeños. No obstante, él la había comprendido. Sabía que era distinta a sus otros cuatro hijos: más intuitiva, más sensible. Para ella el mejor premio no era un caramelo sino una palabra o un gesto cariñoso.

El guiño de ojo y la sonrisa de respuesta, fué un diálogo completo.

Amalia, desde entonces, había cambiado. Es verdad que ahora sus padres se acercan a ella, tienen un importante apartamento en Lisboa, y que al verla pasar la gente la señala y le sonríe, y que al llegar a Caracas, o a París, o a Roma, los periódicos destacan en grandes titulares su nombre. Ella continúa conmoviéndose con las pequeñas cosas...

A veces, inclusive, por culpa de esas cosas pequeñas ha creído sentirse explotada. Después, casi siempre muy pronto, la realidad la deja con una extraña sensación de vacío. Así fué la primera vez...

Ella tenía 18 años, y él tenía 25. Los dos oyeron mutuamente elogios. Así, él se enteró que ella cantaba y Amalia supo que él tocaba maravillosamente la guitarra. Las peticiones de casarse se agolpaban en el rostro. Tenía miedo. En realidad, hasta entonces, sólo había cantado en su casa, frente a los amigos más íntimos. Los ojos de los de aquel muchacho buen mozo que la miraba fijamente, la turbaban. En ese instante él se secó de la guitarra hizo desviar la atención hacia a él no le intimidaba el público y comprendió que debía ayudar. Fué la "pequeña cosa" que inició aquel romance.

Al final de la fiesta, él accedió a cantarle. Entonces el miedo se disipó. El fin de la canción fué el comienzo de una nueva vida para Amalia. El comprendió que se hallaba frente a una voz excepcional.

A los dos años de este encuentro, se casaban. En su noviazgo intermitente, habían conocido un punto de contacto: la música, pero sin descubrir el abismo que los separaba: sus caracteres.

Con el matrimonio en Amalia también en la vida profesional. Su marido le consiguió un contrato en el mismo sitio donde él trabajaba: "El retiro de María Severa". No estaba equivocado en sus predicciones: desde el momento de su debut, Amalia Rodríguez fué un éxito.

Hoy en Caracas, y habiendo pasado por ELITE, con un aire de nostalgia ella recuerda:

—A los tres años nos separamos... éramos tan distintos. A mí no me gustaba que muere y hacía ya tiempo que se había iniciado la muerte lenta de ese amor que yo me había perdido.

La separación, a pesar de la religión, las costumbres, el ambiente en que se había criado Amalia, no fué tan difícil como ella esperaba. No había hijos que obligaran a una unión aparente cuando en verdad todo los distanciaría.

El trabajo se hizo más intenso. Era la mejor forma de olvidar. Su nombre, además, había comenzado a traspasar las fronteras de su tierra.



Desde hace 17 años cuando se presentó en público por primera vez, Amalia Rodríguez sólo ha usado un color para la escena: el negro desde entonces, también, la acompaña uno de los guitarristas.

Llegó el primer contrato para cantar en el exterior... Al poco tiempo París era su meta.

En "La ciudad Luz", el Olympia" la tenía en su programa como la "vedette americana" (así llaman a la artista que viene después de la figura estelar). Al otro día de su actuación, los críticos franceses coincidían en una afirmación:

"Amalia Rodríguez había superado a la primera estrella". Por primera vez "El Olympia" al cambiar su programa a las tres semanas, prorrogaba el contrato de una artista. Seis meses más tarde ella era la primera del programa.

Las jiras se sucedieron sin descanso. El "Copacabana" de Brasil inició la ruta de América. Luego llegó a Hollywood. Conoció de cerca a los grandes actores pero la mayoría la decepcionaron. No tenían la condición humana que a ella más la conmueve: la naturalidad.

Tal vez por eso dice con convicción que la actriz a quien más admira es a Ana Magnani. "Ella afirma, tiene fuerza, calor, vida..." También por eso, la emociona Carmen Ámaya la amiga que, en Caracas, recibe los mejores elogios de Amalia. De los actores? Frank Sinatra. "El ha vivido y ha sufrido".

Al decirlo, las palabras toman un significado más profundo en los labios de Amalia. En cierto modo la denuncian. Parece que ella también haya sufrido mucho: "...Tengo 36 años y todavía siento que no he hecho nada... tampoco tengo un plan para el futuro... no me interesa nada... no me he encontrado... no sé lo que deseo..."

Su hermana menor, (hoy tiene 21 años) es quien mejor la comprende. Con ella, en Lisboa a donde tiene su residencia, pasa horas y horas hablando. Se pueden tratar todos los temas... Ella la ha escuchado afirmar igual que nosotros: "A veces me creo enamorada. Pero pasa tan pronto..." "He visitado grandes salones, he conocido reyes, he estado al lado de ilustres personajes, he vivido... pero no he encontrado la felicidad... Es muy difícil hallar las cosas que no mueren..."

El altoparlante del Hotel Tamanaco en donde se hospeda Amalia, distribuye su nombre por todos los rincones. Ella se dirige al teléfono. Al contemplarla, parece una sencilla ama de casa: Casi pequeña; 1,56 de estatura, zapatos número 34 de tacón mediano, pelo liso, corto, hacia atrás, piel sonrosada y lisa sin ningún maquillaje, ojos oscu-

ros escondidos a veces tras unos lentes negros, y una boca grande de labios delgados que la pintura hace aparecer más amplios.

Al reanudar la charla se ha perdido la intimidad. Surgen entonces las preguntas hechas:

—Si usted fuera periodista ¿qué le preguntaría a Amalia Rodríguez?

—No haría muchas de esas preguntas que siempre se hacen. Trataría de conocer a la persona, hablándole sencillamente y descubriendo poco a poco su personalidad.

—¿Qué es lo que menos le interesa en la vida?

—El dinero, a pesar de que conozco su valor. No hago cuentas, ni me gusta la gente que hace cuentas. No puedo interesarme por cosas de dinero... Por eso no sé cuanto he ganado...

—¿Qué es lo más importante que usted ha hecho en su vida?

—No he hecho nada que valga la pena.

—¿Y su profesión?

Amalia sonríe y no contesta.

—Teniendo la experiencia que hoy tiene, ¿le gustaría regresar a alguna época?

—La experiencia no sirve para nada... y de de todos modos no querría regresar...

—¿Qué prefiere: amar sin ser amada o ser amada sin amar?

—Prefiero amar.

—Con cuál de sus contemporáneos le gustaría llegar al paraíso?

—No he pensado nunca en eso... 'No sé... déjeme pensar en mis contemporáneos... Ahora no me acuerdo de ninguno...

—¿Cuál es la persona que más ha influido en su vida?

—Soy muy difícil de dejarme influenciar. He tenido amistades pero no influencias...

—¿Cuál es el defecto que más desprecia?

—La mezquindad.

No perdono a la gente interesada.

Amalia responde todas las preguntas. Lo hace sinceramente, sin rodeos. No le gusta elogiarse, ni posar. A los fotógrafos sólo les hace una petición: que la retraten sin exigirle actuar. Naturalmente. Porque esta gran artista que ha triunfado en el mundo, que ha filmado ocho películas y que ha sido aclamada a donde va, sólo tiene un deseo: ser siempre ella misma.